

Marcelo Pogolotti

Junio 3/56 m

Berta Arocena, Dechado de Mujer Cubana

NOS unimos sobrecogidos al vasto coro que en estos días de honda condolencia rinde estremecido tributo a una dama, de todos querida y respetada, que acaba de abandonarnos para siempre. No somos sino una voz más entre otras muchas, mejor timbradas y de mayor autoridad, que nos han precedido, y nos conformamos con eso, aspirando tan sólo a sumarnos a la multitud sin desafinar en el sentido cuanto espontáneo conjunto que, de concierto fúnebre, se trueca en animado canto a las excelsas virtudes de la desaparecida.



En efecto, Berta Arocena irradiaba tanta bondad en el puro sentido de esta palabra tan sencilla a la par que cargada de la más genuina significación humana, y por lo mismo difícilmente sustituible; que su presencia perdura aún a tal extremo que parece mantenerse viva no obstante la muerte. El hecho no requiere explicación, si es verdad que los recuerdos gratos son los que más perviven. Y quien conoció a Berta Arocena no puede sino guardar el dorado sedimento de su trato incomparablemente delicado, cordial y generoso. De ella no pudo haber recibido más que el aliento de su noble corazón y la reconfortante comprensión de su mente clara y abierta. De ella no puede sino conservar la imagen de una dama gentil al par que distinguida, que no había nacido más que para el bien de sus semejantes. Con su esposo, el culto y destacado periodista Guillermo Martínez Márquez, Director de nuestro colega *El País*, hacia una simpática y bella pareja que encarnaba cuanto había de acogedor, cortés y distinguido

en la mejor tradición cubana, ahora en trance de periclitarse.

Tiempo habrá en demasía para llorar su pérdida. Poco asombra, pues, que en estos momentos de consternación, retengamos, tanto a guisa de consuelo como en reconocimiento de un hecho real inconcuso, la estampa viviente. El rastro de sus buenas acciones se diría que resulta más profundo que la impresión aún incomprensible, de su muerte inesperada. Sin duda, con su memoria durará en el futuro más el saldo de sus obras que el del triste trance de su brusca partida. Al morigerarse el efecto de este golpe brutal, revivirá en nuestros corazones la llama del entusiasmo que ella había encendido repetidas veces con inagotable prodigalidad.

No podemos por menos que reproducir aquí un fragmento de la fina y exacta semblanza trazada por Gastón Baquero: "Hizo un ejemplo viviente de como lo femenino por sí y en sí es una esencia tan rica, poderosa, vibrante y creadora como la del hombre. Y una actitud como la suya—la única actitud inteligente llamada a porvenir—tuvo la irresistible autoridad de todo lo que es genuino y sincero. Por haber adoptado las mujeres más valiosas y avisadas esta actitud de Berta Arocena, se salvó entre nosotros la etapa que sirvió de transición entre la mujer saliendo del hogar prisión y la mujer vinculándose a la comunidad". Estas breves palabras presentan a cabalidad una de las facetas que con más singularidad y excelsitud reclama para la desaparecida una página indeleble en el registro de nuestra cultura republicana, porque Berta Arocena tuvo el raro don de conservar la gracia femenina a lo largo de sus luchas feministas. De allí su éxito en la empresa a la par que en sus relaciones humanas.

Para demostrar la importancia del papel que desempeñó en nuestro mundo cultural, bastaría señalar el Lyceum, la institución

que más ha hecho, desde que Cuba es República, por la difusión de las artes y las letras, que ella fundó en 1929. Pero también habría que agregar la extensa labor que a lo largo de tres décadas realizó con su pluma, especialmente desde su columna de *EL MUNDO*, y mediante incontables entrevistas, crónicas, reseñas, artículos, reportajes y semblanzas, siendo su primordial preocupación en este campo realzar y divulgar cuantos valores consideraba estimables.

Tuvimos el privilegio de conocerla gracias a la mediación de nuestra común y querida amiga la escritora Herminia del Portal, hace unos diecisiete años, cuando ambas efectuaban con gusto depurado y loable desinterés una apreciable labor cultural al través de la radio, y nos encantó la natural afabilidad de su trato, así como su tacto extraordinario. Eran tiempos difíciles para todos, pero a ella le sobraban la energía, la fe y la voluntad para ayudar a su esposo a sobrellevarlos, cuidar de su hija entonces gravemente enferma y al mismo tiempo proseguir su labor cultural. Nosotros acabábamos de regresar a Cuba a la vuelta de largos años en el extranjero, por lo cual nos sentíamos, más que desorientados, casi perdidos, y ella nos deparó con su sonriente espontaneidad el espaldarazo eficaz que posibilitaban sus numerosas conexiones. Conforme han revelado otros articulistas, supo asumir las funciones sociales y culturales que ahora se han arrogado, para bien del país, las mujeres más preclaras, sin perder de vista, empero, el cabal y amoroso cumplimiento de sus deberes de madre y esposa. Berta Arocena vivió para la felicidad de los demás. Por sobre el dolor de perderla, surgirá la alegría de haberla tenido entre nosotros, en tanto que su grata figura de ejemplar dama cubana se reflejará en el espejo de la memoria.

M. junio 3/56

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA